

CREACIÓ

LA ÓPTIMA.

Centro de Colocación

Esteban Martínez

“Nada es más risible que la desgracia... es la cosa más cómica del mundo”

Samuel Beckett

Cuando cumplió su condena y se reencontró con el aire espeso de Los Tormentos, barrio que lo había visto nacer, correr y escabullirse de los picoletos, supo que nada había cambiado y que nada cambiaría nunca. Esta certeza no le inquietó lo más mínimo, muy al contrario, lo alivió del miedo a tener que hacer méritos para instalarse en una nueva vida.

Creía tener cuarenta y siete años y eran ya muchos años para embrancarse en proyectos a medio y largo plazo. Aunque le había prometido a la asistente social que habría un curso de formación y se convertiría en un hombre de provecho, pensó que nada le aprovecharía más que recuperar el tiempo perdido pateándose su propia universidad: la calle Moragas Fraile. Era más bien una avenida salpicada de pequeños comercios, algo pretenciosos, en la que los turistas buscaban sus amélicas para sacarles hasta el mosto a sus pocos dólares. Compraban allí esos recuerdos que acaban siendo un verdadero estorbo haciendo gala de sus torpezas en el regateo, aunque salían con una sonrisa de oreja a oreja, y una horterada taurina envuelta en celofán granate; Serán cornudos, los guiris!

Ya una primer contacto con la que había sido su área de influencia lo situó en la cruda realidad. La tecnología había llegado también a su empresa, probablemente, empezaban a sobrar operarios como él. Muchos de los comercios se habían dotado de inoportunas cámaras de televisión y en los escaparates se anunciaban ostensiblemente los sistemas de seguridad que los propietarios habían hecho instalar en su ausencia. Una agresión más hacia el proletariado que tenía que ganarse las habichuelas por cuenta ajena. Para complicarlo más todavía, las empresas familiares de la trilería debían haberse ido al carajo porque la competencia de las visitas guiadas del servicio turístico fue siempre desleal.

Patió la calle varias veces con la convicción firme de que ocho años en el talego le habían hundido el negocio. Cuando se dió cuenta, además, de que el garito de *La Petardos* se había convertido en una agencia tributaria, se desfundó. Definitivamente la cosa estaba chungu.

De vuelta a casa, la vieja portería de un bloque de apartamentos, se topó con *el Trisqui*. Estaba algo más viejo, pero lo mismo, mismito, de borracho. Apostaría que no se había cambiado de camisa desde la última vez que se vieron. Tenía el mismo lamparón artesanal en la pechera.

-¡Joder, Pipo! ¿Pero no te habías muerto, cabrón? Estos sustos no se le dan a un viejo. ¿Tienes cuarenta duros? ¡Me cago...! Te invito a un trago, chaval. ¡Es la hostia! Pero estás vivo ¿no? Échame el aliento, que no me lo creo.

Si estaba quieto, aún. Pero cuando se balanceaba se desprendía un nauseabundo olor a vino cabezón que llegaba muy allá. Lo acompañó unas manzanas, manteniendo siempre una distancia saludable. Quería informarse de buena fuen-

te de cómo estaba el negocio o, mejor dicho, de dónde ahora estaba el negocio.

-Pipo, lo nuestro está en crisis. Demasiado mano de obre para tan poco curro. ¿Tienes cuarenta duros? Necesito un trago... Y luego está el sindicato que te jode más que la bofia, tío.

-¿Qué sindicato?

-El nuestro ¿Cuál va a ser?-. Los ojos del Trisqui, conservados en tinto, destellaron como en un estertor súbito. Después continuó, didáctico. -Sin papeles ni contractos hoy no trabajan ni las putas de la calle Roma.

Él conocía muy bien la calle Roma pero jamás había oído hablar del sindicato. Lo dejó hablar.

-¿Por qué no te pasas por la oficina de empleo La Óptima? El cabrón del Rubio trabaja allí y puede echarte una mano. Si no, le das recuerdos de mi parte y le cortas los huevos.

Una risotada le enturbió el rostro y le produjo el vómito. Después de blasfemar le dio las señas y se perdió en un callejón cualquiera, sin despedirse y sin los cuarenta duros.

Como tiempo no le faltaba enderezó por Vía Augusta hasta el viejo hospital militar y cogió luego la calle Parma. El número 6 era un edificio de cuatro plantas mellado por la humedad y por la podredumbre. En la puerta derecha del tercero una placa anunciaba: “La Óptima. Centro de Colocación”. Salió a abrirle *La Petardos*. La reconoció inmediatamente porque una boca así no se olvida en ocho años. Su dentadura era una elegía a la insubordinación.

-Usted dirá... -Sin duda ella no sabía quién era.

-Busco al Rubio. Vengo de parte del Trisqui, que me ha dicho que aquí puedo encontrar un curro. Acabo de salir de la trena y estoy a dos belas.

-No es tan fácil. Siéntese que ahora le atiende José. - La Petardos hablaba casi como una señora sino fuese por la voz carraspeña de fumadora empedernida. También vestía de otra manera como la recordaba.

No se sentó. Había estado ya demasiados años criando nalgas. Necesitaba setir que podía moverse libremente. El despacho era más que sobrio, un verdadero antro. En una de las paredes un flexo apuntaba a un cartel que le avisaba a uno de encontrarse en un centro colaborador de la administración y que estaba registrado como Fundación de utilidad pública.

-¡Coño, Pipo! ¿Tú por aquí? Siéntate, enseguida estoy contigo.

Se volvió hacia el armario que tenía a su espalda y sacó de él unos papeles. En uno de esos estanques se apilaban preñadas carpetas de cartón azul a un lado y retales de periódico al otro. En medio, una botella de Jack Daniels a punto de finiquito.

- Me ha dicho Cristina que te envía el Trisqui. ¡Menuda piltrafa está hecho! Ya lo habrás visto...La botella es ya su único trabajo.

José era el Rubio, y Cristina siempre fue para todos La Petardos pero entendió que mejor le iría si empezaba a tratarlos por su nombres de pila.

-¡Mira José, estoy sin blanca i necesito algún trabajillo ya! No tengo preferencias.

-Lo supongo. Pero antes tenemos que abrirte una ficha y rellenar unos formularios. Esto es la administración, chaval. Hay que seguir los trámites ¿Entiendes?

-Por supuesto. - Pipo empezaba a estar incómodo y si no necesitase pasta con urgencia le hubiese dicho al *senyor* José que se metiese los papeles allá por donde en otro tiempo hizo carrera en los Tormentos.

-Se acabó el tiempo de la economía

sumergida ¿Entiendes? Ahora sin los papeles en regla uno ya no puede ni mear en los servicios públicos. ¡Estamos en Europa! Tu nombre...

-¿Mi nombre, qué?

-Que me digas tu nombre completo, joder.

-Francisco Requena Buitrago, para servirle. - Con cuántas ganas se hubiese levantado de la silla para engatillarle una derecha en esa cara de baboso chupatintas.

-El DNI...

No tenía ni idea de dónde estaba su documento nacional de identidad. Le había perdido el rastro ya hacía muchos años le soltó el número de memoria, aunque igual no era el suyo. ¡Que se joda! pensó.

-Domicilio actual...

El catre de tu madre, imécil. Eso le habría contestado si en un último momento no se hubiera mordido la lengua.

-Dónde siempre ¡coño! En la portería de los apartamentos de ADIGSA, número 7; creo.

Se fijó entonces en cómo maniobraba con el bolígrafo. Decir que escribía con torpeza sería un halago. Un verdadero inútil. Garabateaba peor que un niño de teta, eso sí, con más chulería que un obispo. Cuando acabó, dejó el bolígrafo sobre la mesa, levantó su ahuevada cabeza de áfil y se apoltronó en el inundo sillón de polipiel.

-Mira, te voy a ser franco, Pipo. Tú ya no eres un chaval, y aunque tienes experiencia, de lo tuyo hay poca demanda. Nuestros clientes quieren lo mejor ¿Entiendes? Gente que no esté quemada, que esté a la última... Porque el mudo cambia, Pipo. Ya ves, yo he tenido que reciclarme por cojones. Son las leyes del mercado. Necesitamos especialistas, eso es lo que nos piden. Y aunque son contratos por horas, pagan muy bien y no quieren problemas.

-No me jodas. Algún trabajo habrá para mí. Que no te estoy pidiendo un ministerio. - Difinitivamente el Rubio sí

estaba pidiendo a gritos que le diesen una hostia especialísima.

-Si no es eso. Lo que pasa es que tu curriculum no da para muchas alegrías. Has picao un poco de aquí y un poco de allá, pero nada serio ¿Entiendes?.- El tono conciliador del Rubio le dejó descolocado. No entendía cómo ocho años en el talego no era nada serio. El Rubio siguió hablando:

-Hoy mismo han entrado tres ofertas. Y las tres nos piden lo mismo: un tío joven, con experiencia y que esté menos visto que la magra en cocido de pobre. Y no creas que te estoy haciendo la púa, Pipo. Miralo tu mismo.

Le acercó unos papeles. Él, casi con desgana los cagió y leyó en silencio. Ciertamente, las cosas en el mudo laboral habían cambiado mucho en ocho años. Le embargó un sentimiento de profundo desamparo. Antes le cerraron las puertas al mudo y durante ocho malditos años esperó que algún día se abrieran. Ahora le cerraban las puertas de la vida.

Cuando cerró la puerta de La Óptima a sus espaldas, con el Rubio buscado sus dientes entre los archivos, aún releía de memoria la última de las solitudes. "Empresario del ramo de la floristería busca atracador apuesto y experimentado, que haga bien su trabajo y sea puntual. Sueldo:el 30% de lo que tenga a bien soltar el condenado Seguro, según acuerdos con el sindicato. Y si me curran un poquito a la zorra de la dependienta, que también es mi mujer, se gratificará debidamente". ¿Sería esto un contrato basura?